

CRÓNICAS DE UN PADAWAN Pedro L. Toledo



De las fiestas y el chocolate del loro

En esta época del año, España huele a charanga, a procesión y misa mayor, a fuegos artificiales, a toros, encierros, grupos musicales y excesos de todo tipo. Y claro a "mises".

Las inefables "mises". En algunos pueblos en un afán de modernidad, en lugar de eliminar tal horterada, en un más difícil todavía, la hacen más gorda, eligiendo también a los "místeres". No queremos igualdad, pues igualamos por abajo. Cómo vamos a suprimir un acto tan modélico, tan español y tan propio de las películas de Torrente como la elección de la Reina de las Fiestas con sus damas de honor.

Sin embargo, el olor a ruina, a paro, a rescate, no se nos ha ido de encima. Es como el que se ducha y se pone la misma ropa sudada y cochambrosa: el olor le persigue de una manera imparable.

Así, nuestros pueblos engalanan sus calles, llenándolas de lucécitas y banderines, a la vez que sus Alcaldes desempolvan sus trajes para salir bajo palio al son del himno nacional. Previamente han escarbado entre las telarañas de las cajas de sus Ayuntamientos, buscando la forma y manera de contratar y organizar actos y eventos diversos que serán pagados en el mejor de los casos en tres o cuatro años, aunque para ello haya que echar mano de lo que se viene a denominar contabilidad creativa.

Y Europa acecha y mira esta versión del chocolate del loro, como el que mira a un hijo que no hace más que gastar y gastar. Miedo da lo que puede pensar un alemán que se paseé por cualquiera de nuestros pueblos, con su teutona mentalidad y observe como, pese a los recortes, en muchos casos seguimos gastando sin medida, puesto que el que pone medida o la intenta poner, le terminan por "medurar" el cargo.

Pero más miedo da, pensar en la caída de consumo que trae la subida del IVA. O en el ridículo que se ha hecho a ojos del mundo y sobre todo de los contribuyentes honestos, con la amnistía fiscal. Y más que miedo, vergüenza ajena, ver cómo se tiran los trastos a la cabeza los ministros, en cuanto que el jefe se descuida y se marcha a su Galicia a meditar y a pensar cómo nos saca de este lío.

Aunque para lío de verdad, además del caso Armstrong, (del que hablaré largo y tendido un día de estos), las elecciones vascas, con los batasunos encabezando encuestas, con el "estéreo electoral" de las gallegas (me refiero a las elecciones, no me seáis malpensados) de fondo.

Pero para fondo, el del verano que ya está aquí, con el comienzo del curso que será movidito. Pero terminemos primero de disfrutar de nuestras fiestas, que para amargarnos, ya vendrán reuniones del BCE o cumbres europeas, en las que se decidirá nuestro inminente rescate y lo que se nos va a pedir a cambio, porque como hemos dicho muchas veces, gratis, no hay nada y el Tío Regala hace mucho que se murió.

Que la fuerza os acompañe.

EL BALCONCILLO

Javier del Castillo



Una capa de pintura

Es evidente que a Cecilia Giménez se le fue la mano o la abandonaron las musas durante su voluntarioso trabajo de restauración del *eccehomo* de Borja (Zaragoza). No tuvo su día, pero tampoco pasa nada. No ha destruido para siempre una joya pictórica –al revés, ha hecho famosa una pintura mediocre–, ni ha provocado una catástrofe de consecuencias irreparables. Es más, con apenas un par de brochazos, la buena de Cecilia –a la que desde aquí mando mi apoyo y solidaridad– ha situado en el mapa a la pequeña localidad zaragozana donde vive y ha hecho famoso su Santuario de la Misericordia.

Si fuésemos un país serio, la original "restauración" del dichoso *eccehomo* no hubiera pasado de un pequeño susto; de una noticia curiosa, con la correspondiente foto del desaguisado a pie de página. Pero en esta España de brochazos confundimos con demasiada frecuencia lo trascendental con lo anecdótico y le otorgamos a sucesos coloristas una relevancia que no la tienen.

Los medios de comunicación tendríamos que dejar de alimentar pequeños escándalos y excentricidades, que tanto entretienen al auditorio. Buscar lo sustancial, en lugar de engordar la caricatura. Otra cosa es que estas noticias increíbles permitan luego expandir las bromas y el escarnio a través de las redes sociales de forma indiscriminada y masiva.

Pero el brochazo brutal del verano –auténticamente demoledor– se ha producido en Córdoba, con los informes forenses que sostienen que los pequeños Ruth y José fueron quemados en una hoguera por su padre.

El asesinato e incineración de dos niños inocentes es algo tremendo, pero si encima esa atrocidad la ejecuta premeditadamente su propio padre se superan todos los límites de maldad que es capaz de engendrar la condición humana. Y lo que me parece más increíble es que el presunto parricida, José Bretón, todavía observe con frialdad, como si nada hubiera pasado, los restos de la hoguera en la finca familiar de Las Quemadillas. Que insista en su inocencia y que mantenga en su declaración que sus hijos están vivos y que "alguien cuida de ellos".

En la resolución de este espeluznante suceso, como en el caso de Marta del Castillo, podemos ya hablar de fracaso policial. Los investigadores han cometido errores de bulto, como lo demuestra la confusión de restos óseos de roedores con restos óseos humanos, en el primer caso, y como lo constata en el segundo el hecho de que varios años después siga sin aparecer el cuerpo de la joven sevillana.

Decir, como ha dicho Jorge Fernández Díaz, que el mejor escribano puede echar un borrón, es una tontería, como lo es justificar los evidentes errores alegando fallos técnicos sin mala intención. La verdad es que el ministro del Interior se está luciendo este verano.

La defensa del tercer grado para el etarra Bolinaga, argumentando que de lo contrario el Gobierno cometería un delito de prevaricación, cuando los propios médicos forenses señalan que el cáncer de este asesino –carcelero de Ortega Lara– no precisa tratamiento médico en un hospital, le ha puesto a los pies de los caballos. Haciendo el ridículo delante de las víctimas del terrorismo.

Está bien que de vez en cuando alguien eche un borrón –y no lo digo por Cecilia–, pero que lo eche un ministro y con tanta frecuencia es para preocuparse.

TORRE DEL GALLO



Javier Sanz

Paralímpicos

Arrebufo de los Juegos Olímpicos llegan otros, cosa después de un mes. Estos son los auténticos, en los que las casas comerciales no echan anzuelos sobre la pista para pescar un hombre bala o una sirena envuelta en neopreno que exhibirán después en la jaula o en el acuario del dios del mercado. El loco bombo de la lotería de la vida no deja de girar desde tiempos de Adán y cada cierto tiempo da una bola a trompicones de aspecto diferente, esto es, en vez de un número va marcada con el as de corazones, de color rojo, azul, verde, amarillo, violeta, etcétera. Su comportamiento, desde la cuna, ya no es normal: donde a los demás nos duele una muela, un desamor o el bolsillo a ellos les brota una sonrisa de acción de gracias a la madre vida. Cuando desfilan con sus blancos sombreros en este Corpus de fin de agosto yo me quito el mío e inclino la cabeza como si pasara la custodia para recibir el hisopazo de su clara agua bendita.

La inauguración de los Paralímpicos 2012 fue el miércoles. Vistosa, elegante, entrañable. Al día siguiente busco noticias en el periódico de información nacional con que desayuno cada mañana. Sin noticias en portada. Tampoco en la sección de "Deportes". Hay otras carencias que llevan a un paralimpismo cotidiano aunque de aspecto normal: las del corazón y las del cerebro. Las que ocultan la fiesta de los humanos más humanos.